


## EN EL LUGAR DEL CRIMEN

Aprovechando que era sábado, pude ir a ver con mis propios ojos y a plena luz del día el lugar donde se había cometido el crimen. Como Dupin me había avisado de que estaríamos investigando todo el día, había dicho a mis padres adoptivos que la escuela nos había invitado a un picnic para celebrar la llegada de la primavera. No les extrañó porque solían organizar este tipo de actividades a lo largo del año.

Mientras nos dirigíamos al número 25 de la calle Morgue, el inspector me contó que las dos mujeres ocupaban desde hacía más de doce años la vivienda donde se encontraron los cadáveres. Anteriormente había sido propiedad de un joyero, que fue quien vendió la casa a Camille Lespan. Ella y su hija ocupaban el segundo piso, mientras que el de abajo normalmente estaba alquilado. Sin embargo, desde hacía dos meses se encontraba vacío. Su inquilino se había marchado a vivir a México.



Antes de llegar al edificio, expliqué a Dupin lo que había deducido tras leer los informes del caso:

—Creo que el hecho de que Camille Lespan sacara tres días antes 4.000 euros nos indica que, muy probablemente, se trató de un robo.

El inspector me interrumpió.

—Antes de sacar conclusiones, tienes que ver las pruebas con tus propios ojos.

Realmente me impresionó pensar que, en aquel lugar en el que yo estaba a punto de entrar, dos pobres mujeres habían muerto asesinadas. Un policía custodiaba la casa. Nos franqueó el paso y, ya en el vestíbulo, vi los destrozos de la puerta que había sido derribada con una barra de hierro. A continuación, subimos por las escaleras hasta llegar al segundo piso. La puerta del apartamento de las dos mujeres estaba abierta. Fuimos directamente a la zona donde estaban los dormitorios, ya que el resto de la casa estaba intacto. El cerrojo de la puerta que daba al pequeño vestidor que comunicaba con los dos dormitorios también había sido forzado. Me asomé a la habitación más pequeña, la de Berthe Lespan. Todo estaba perfectamente ordenado a excepción de la cama, que todavía estaba sin hacer. El cuarto de aseo también estaba inalterado. Después me dirigí al dormitorio de Camille Lespan, donde sucedió todo, y me asomé.



—No hemos tocado nada. Está tal cual quedó el día del doble crimen y así permanecerá hasta que concluyan las investigaciones —me advirtió Dupin.

Mis ojos recorrieron la estancia de arriba abajo. Impactaba ver la violencia con que habían actuado los ladrones. Los muebles esparcidos por los suelos, los restos de sangre, arañazos en la pared, la chimenea donde habían empotrado a Berthe Lespan... ¡Por mis muertos, no era exagerado lo que decían los periódicos!

—El cuerpo de la hija estaba tan firmemente encajado en la chimenea que no pudo ser extraído hasta que cuatro o cinco personas unieron sus esfuerzos para sacarla —me informó el inspector.

Yo escuchaba a Dupin entre impresionado y angustiado. ¿Quién había sido capaz de cometer tal atrocidad? Después de haber leído las declaraciones de los testigos y de ver las pruebas, no tenía dudas de que los culpables fueran dos personas. O quizás más, aunque esta posibilidad era remota porque todos los testimonios sugerían la presencia de solo dos voces en la casa. Lo que parecía evidente era que uno de los atacantes tenía una fuerza brutal. De lo contrario, no se entendía cómo había sido capaz de empotrar a Berthe Lespan en la chimenea o de arrojar los muebles con tanta violencia. ¡Solo pensar cómo las habían matado hizo que mis piernas se tambalearan!







Dupin frunció el ceño:

—En este caso hay dos grandes misterios que debemos solucionar: en primer lugar, el misterio de las voces que se oyeron, y en segundo lugar, cómo entraron y salieron los asesinos.

Los dos permanecemos en silencio unos instantes.

—Lo de las voces, con tantos idiomas, parece un rompecabezas —concluyó el inspector.

Sonreí pensando en la lista que había preparado la noche anterior para intentar aclarar el primer misterio, el de las voces. En ella había resumido lo que habían dicho los testigos a ese respecto. Orgulloso, se la mostré a Dupin.



#### LISTA DE VOCES

##### 1. John Nieu, panadero

- a) VOZ AGUDA. La califica de muy extraña. No puede asegurar que se trate de una voz masculina. Pudo ser la de una mujer, pero no pertenecía a ninguna de las difuntas. No hablaba en inglés; parecía italiana.
- b) VOZ GRUESA. Hablaba en inglés, le pareció que decía *My God!*

##### 2. Vincent Mupet, agente de policía

- a) VOZ AGUDA. También la califica de extraña. No sabe si es de hombre o de mujer. Cree que hablaba en español.
- b) VOZ GRUESA. De hombre; hablaba en inglés. Le pareció oír *My God!* y *Terrible!*

##### 3. Terry Odenheimer, cocinero

- a) VOZ AGUDA. Afirma que la voz pertenecía a un hombre y que hablaba en inglés. No pudo distinguir las palabras pronunciadas.



b) VOZ GRUESA. Hablaba en inglés, era un varón y dijo varias veces *My God!* y *Terrible!*

**4. William Bird, ayudante del sastre de la boutique París**

a) VOZ AGUDA. Está seguro de que no se trataba de la voz de un inglés. Parecía la voz de una mujer que hablaba en alemán.

b) VOZ GRUESA. Está convencido de que era de hombre y de que hablaba en inglés. Pudo distinguir varias palabras, pero no las recuerda. Oyó claramente: *Terrible!* y *My God!*

**5. Albert Montani, pastelero**

a) VOZ AGUDA. No pudo comprender las palabras dichas, pero cree que se trataba de un hombre que hablaba ruso.

b) VOZ GRUESA. Está convencido de que pertenecía a un hombre que hablaba inglés.

**CONCLUSIONES:**

—Parece confirmado que, además de las mujeres que fueron asesinadas, se oyeron dos voces más.

—La voz gruesa pertenecía a un hombre que hablaba en inglés. Así lo dicen todos los testigos.

—No se ponen de acuerdo con respecto a la voz aguda.

—Unos dicen que era un hombre; otros que era una mujer. La única coincidencia es que no hablaba en inglés; salvo uno de los testigos, todos han manifestado que hablaba otros idiomas: ruso, alemán, italiano y español.

Dupin me felicitó por la forma esquemática en que había resumido el rompecabezas de las voces y por las conclusiones a las que había llegado. Con el rostro pensativo, se acarició la barba blanca:

—Esto nos lleva a otra gran cuestión... ¿Por qué nadie se pone de acuerdo con la voz aguda? ¿A quién





pertenece? —a continuación añadió—: ¿Qué se nos está escapando?

Con la información que teníamos, no sacábamos nada más en claro, así que me pidió que nos ocupáramos del otro gran misterio:

—¿Cómo entraron los asesinos en la habitación de Camille Lespan? —preguntó.

Los dos permanecimos en silencio unos instantes recordando la información que teníamos al respecto. Todos los testigos habían declarado que tanto la puerta de entrada al edificio como la del apartamento estaban cerradas. Pensé que tenía la respuesta:

—Seguramente los criminales habían conseguido las llaves del edificio y del apartamento donde vivían las dos mujeres. Quizás entraron horas antes y aguardaron a que ellas llegaran. O tal vez esperaran en el piso de abajo, que ahora está desocupado.

Dupin se encogió de hombros:

—Podría ser una posibilidad. Sin embargo, ¿por qué esperaron toda la noche para cometer el delito? ¿Y de dónde sacaron las llaves? Los asesinos podrían haberlas robado, pero en un armario de la cocina de Camille Lespan se han encontrado dos juegos de llaves del primer piso y otros dos más de la puerta de entrada del edificio; dudo que tuvieran más. Y lo más importante: ¿por dónde y cómo salieron sin ser vistos?

De repente, me vino a la cabeza una idea por el evidente parecido de Dupin con Santa Claus.







Me pregunté cómo solía entrar Papá Noel en las casas para repartir los regalos. Todos los niños sabían la respuesta...

—¡Los delincuentes pudieron entrar y salir por alguna de las chimeneas de la casa! —proclamé entusiasmado.

Dupin no compartió mi entusiasmo:

—Las tres chimeneas de la casa, la del dormitorio de la madre, la de la cocina y la de la sala, también han sido inspeccionadas y es imposible que alguien hubiera entrado por el conducto que comunica con el exterior. Los tubos son tan estrechos que no permitirían el paso ni siquiera de un gato grande.

Bajé la cabeza algo decepcionado. Pensé que nunca podría dar con el asesino. Dupin percibió que estaba decaído.

—Investigar un crimen no es fácil, joven amigo. «Rendirse» es una palabra que yo desconozco —intentó animarme.

Auguste Dupin prosiguió reflexionando en voz alta para compartir conmigo sus razonamientos. Según él, quedaba probado que, en el preciso momento en que el grupo subía las escaleras, los asesinos se hallaban en el dormitorio de la madre. Nadie podía haber huido por la puerta principal porque la muchedumbre lo hubiese visto. Además, se habían descartado otras vías de escape: la policía había revisado los suelos, los techos y la mampostería de las paredes





en todas direcciones. No habían hallado ninguna puerta secreta ni túnel que comunicara con el jardín de la casa.

—Pues solo hay una vía de escape posible: ¡las ventanas! —proclamé yo de pronto.

—¡Exacto! Buena deducción.

Yo me sentí plenamente dichoso. Un prestigioso inspector de la policía me estaba elogiando por segunda vez. Sin darme cuenta, pensé en mi madre. Ella también hubiera estado muy orgullosa de mí. Cerré los ojos unos instantes para imaginarme mejor su beso, y me sentí feliz. Mi madre me daba los mejores besos del mundo.

—¿Edgar, me oyes? ¿Por qué sonríes así? —me preguntó.

Al abrirlos, me di cuenta de que el inspector me estaba mirando. Me disculpé y rápidamente regresé a la realidad. Ahora nuestra misión era investigar la ventana del dormitorio de Camille Lespan, la única que se encontraba abierta y con la persiana subida según habían declarado los testigos. Era el único sitio por donde se podían haber escapado los asesinos. Sin embargo, tras examinar la ventana, no encontramos ninguna evidencia.

—Una caída a la calle desde donde nosotros estamos sería mortal —concluyó Dupin—, así que queda descartado que hubieran saltado por la ventana.







A continuación, fuimos a la parte exterior de la casa para certificar que, ni siquiera el hombre más hábil, alto y corpulento del mundo podría trepar por esa pared. Otra opción que barajamos fue que hubieran utilizado una larga escalera, pero no existía una lo suficientemente extensa como para llegar al segundo piso. Además, aunque existiera, ¿cómo la habrían llevado hasta la casa sin ser descubiertos? Ningún testigo dijo haber visto una escalera.



Alertado por un graznido, mis ojos se dirigieron al cielo. Se trataba de Neverland, que me había seguido y ahora planeaba por encima del edificio llamando mi atención. Disimuladamente, le pedí que se largara haciendo un gesto con la mano, pero el inspector, como siempre, me pilló in fraganti. Le confesé que era mi mascota. ¡Creo que ya se esperaba cualquier cosa de mí! Riéndose, Dupin me dijo que no le importaba que estuviese ahí.

Tras visitar el jardín que rodeaba la casa, nos dirigimos al patio trasero, donde había caído el cuerpo de Camille Lespan. Miré hacia arriba: un pequeño tejadillo cubría una parte del espacio. Por tanto, la última opción era que los asesinos hubieran trepado hasta ese tejado y de ahí a la ventana del primer piso para, seguidamente, acceder al segundo piso. Sin





embargo, resultó otro callejón sin salida: la distancia entre los dos niveles hacía imposible el salto. Tampoco existía ningún saliente u otro elemento para agarrarse, salvo la estrecha barra de hierro del pararrayos del edificio, que no podría soportar el peso de ningún ser humano.

Dupin debió de darse cuenta de que yo estaba agotando mi paciencia porque no progresábamos. Esta vez me dio dos cariñosas palmadas en la espalda.

—Joven, lo primero que tiene que aprender un inspector es a ser paciente. ¡Y a no desistir nunca! ¡Venga, a trabajar!



Dupin extrajo de un bolsillo su enorme lupa y me pidió que buscara pistas. Yo la sujeté con fuerza para que no se me cayera. Para comprobar si aumentaba mucho, busqué el ojo que llevaba en el bolsillo y lo coloqué detrás de la lente; casi me muero del susto al verlo. ¡Por mis muertos, parecía el ojo de un enorme monstruo marino! Pegué tal grito que tuve que enseñarle el ojo que llevaba y explicarle que era un amuleto. Pensé que me iba regañar, pero, una vez más, me sorprendió con su respuesta:

—Tú tienes el ojo de un muerto y yo tengo el cerebro de un muerto —dijo riéndose—. Estamos empatados.

El inspector se alejó con una sonrisa.



Con la lupa, recorrí todo el apartamento. Era increíble la gran cantidad de detalles que podía ver. Busqué por todos lados: debajo de los muebles, en los recovecos, entre la ropa... Después fui bajando por las escaleras hasta llegar al vestíbulo sin encontrar nada interesante.

Al salir de la casa, saludé a Neverland con la mano y me puse a buscar pistas entre la hierba, por el camino de piedra, en el jardín. Nada de nada. Con pocas esperanzas, rodeé una vez más la casa. Fue entonces cuando me pareció ver algo en una pared. Hasta sentí como mi corazón se aceleraba. Me acerqué más a la barra de hierro colocada en la pared que comunicaba con el pararrayos y llamé a Dupin, que estaba hablando con el policía que custodiaba la puerta.

—¡Creo que he visto algo! —proclamé emocionado.

Dupin me acompañó a la parte de la casa donde se encontraba la varilla de hierro que comunicaba con el pararrayos. Con la lupa, le mostré unos pelos enganchados en la barra de hierro. Iba a recogerlos con la mano cuando me detuvo. Extrajo del bolsillo de su pantalón unas pinzas y un pañuelo de lino. Con las pinzas arrancó los pelos de la barra de hierro y los colocó delicadamente sobre el pañuelo.

—Es mejor no tocar las pistas para poder estudiarlas tal y como han aparecido —sostuvo Dupin.







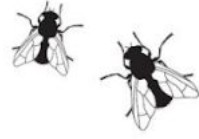
Tras la lección que me acababa de dar, me pidió la lupa y examinó los cabellos con un gran interés. Los dos nos miramos como si hubiéramos encontrado un indicio vital para el caso. ¡Y lo había encontrado yo! ¡Por mis muertos, qué emoción! Se trataba de cabello pelirrojo. Sin duda, uno de los asesinos tenía ese color de pelo.

—¿Tenemos algún sospechoso pelirrojo? —pregunté excitado.

En un primer momento pensé que no conocía a nadie que tuviera el cabello de ese color. De repente, enmudecí. Ya sabía quién podía ser. Lo había visto entre la multitud el día del crimen y, además, era amigo mío. Dupin posiblemente también lo conocía, porque era muy popular en el barrio y solía pedir limosna en el jardín que rodeaba la Jefatura de Policía. Se trataba del joven mendigo pelirrojo al que todo el mundo conocía como Brandy Bones. ¿Y si había bebido esa noche? Yo lo había visto ebrio en una ocasión y, cuando eso sucedía, se volvía agresivo. Sin embargo, me negaba a aceptar que el criminal pudiera ser Brandy Bones. En Boston seguro que había cientos de pelirrojos. Decidí no decirle nada a Dupin, sin saber que el inspector había tenido el mismo pensamiento que yo.

—Sí que conozco a un pelirrojo y, según me consta, estaba por la calle Morgue el día del asesinato. Y creo que tú también sabes quién es. Se trata de Brandy Bones —declaró el inspector.





Reconocí que también había pensado en esa posibilidad. Pero lo defendí:

—Hay mucha gente que dice que está loco, pero estoy convencido de que sería incapaz de matar a nadie.

Dupin asintió pensativo:

—¿Sabes que cuando ingiere alcohol se transforma en un chico muy violento? A mí también me entristece interrogarlo, pero es mi deber hacerlo.

Brandy Bones era un chico muy sensible; si lo detenían, le romperían el alma.

—No tenemos la certeza de que sea él. Ese pelo podría haber estado en la casa antes del crimen —argumenté desesperadamente.

El inspector intentó tranquilizarme:

—No te preocupes, solo es sospechoso. No obstante, reconoce que hay indicios en su contra, además de los pelos que hemos encontrado. Por ejemplo, es muy delgado. Con su peso, tal vez sí que pudo haber trepado por el hierro del pararrayos.

En ese instante, apareció corriendo Kevin, el joven agente de policía. Casi no podía hablar, por lo que tuvimos que esperar a que recuperara el aliento.

—Hemos detenido al asesino de la Calle Morgue —nos dijo todavía jadeando.

Auguste Dupin y yo nos miramos incrédulos.

